

El próximo que conozca

Laura San José

**Editorial Intangible
Valencia**

CAPITULO 1

Cuando Lili arrancó la terapia tenía solo 10 años, fue después de que su inconsciente le recordara en medio de un zoológico que su padre era el mismo que abusaba de ella. A la madre le recomendaron varios psiquiatras “Tenés que arrancar con una terapia intensiva”, le dijo su hermana que también era psicóloga, pero por una cuestión de vínculo familiar no podía tratar a su sobrina.

Es jueves. Está acostada en el diván de “Rodo”, Rodolfo, su psicólogo que todavía usa esa metodología.

Lili hoy tiene 20 años. Hace una década que todos los jueves a la misma hora se recuesta en ese sillón de cuero ecológico, estira sus piernas, y se lanza a bucear sobre sus pensamientos y lo que siente acerca de ellos.

La misma década pasó para Rodo, que cuando cumplió cuarenta y cinco se inscribió en un taller de yoga, a dos cuadras de su casa, en la placita. Durante todos esos años, antes de la sesión con Lili y después de la sesión con Augusto, un comerciante frustrado y sin éxito, se escapa a la clase que incluye entre otras cosas Tai Chi Chuan. Lo disfruta, sobre todo porque es un taller municipal gratuito. Hoy, con cincuenta y cinco años, esas técnicas de respiración lo ayudan muchísimo: cree que no está lejos de alcanzar el Nirvana.

Rodo, si bien aparenta ser un terapeuta convencional, no lo es. Se toma el atrevimiento de intervenir en los relatos de sus pacientes y expresar sus opiniones al respecto. Algunos salen despavoridos pero a Lili le gustó la confianza que él le ofrecía.

Nunca le miente y nunca falta a sus sesiones. Hoy no tiene mucho que contar. Una semana tranquila en la que arrancó la Facultad de Sociales, la carrera de Ciencias de la Comunicación, su segundo año pero, esta vez, a la noche. Ése, es el único cambio brutal que le sucede desde que el verano se retiró.

Lili, en cada una de sus sesiones, ve cómo en el techo una pequeña mancha de humedad crece, tal vez por alguna filtración en la terraza. El consultorio se encuentra en el último piso de un edificio que tiene cinco. No es muy grande pero sí cuidado, salvo por la mancha, todo es pulcro. No hay demasiados objetos, solo el diván, la silla de Rodo al término de donde Lili apoya la cabeza y una mesita ratona. Entre ellos no hay contacto visual. Sobre una de las paredes del costado, la que Lili puede ver, Rodo

tiene sus diplomas enmarcados y, sobre la repisa de madera oscura, un reloj que desentona con los colores del lugar. El reloj está a la vista de ambos porque Rodo considera que, tanto paciente como terapeuta, deben tener el control sobre el tiempo de la consulta; en la otra pared, una ventana por donde ella ve caer el sol todas las tardes.

Rodo hace treinta años que ejerce la profesión, cobra buenos honorarios y no atiende a prepagas, es algo tacaño pero eso no impide que sea uno de los mejores psicólogos, reconocido en el Colegio de Psicólogos de la Provincia de Buenos Aires. Por eso, aunque Lili esté callada él nota que algo pasa, siente como se ahoga en sus palabras no dichas.

– ¿Qué te pasa?

– Nada –dice Lili estirándose en el diván para arremeter con fuerza– creo que es ese mi problema, estoy aburrida de mi vida. Le falta acción, color, movimiento. Creo que ha llegado el momento de conocer a alguien.

– ¿Te sentís preparada para eso?

– No hablo de una relación, hablo de conocer a alguien. Estoy ansiosa, cuanto más lo pienso, más lo quiero.

Además de tomar nota Rodo tiene la particularidad de grabar el testimonio en un pequeño grabador que apoya sobre la mesita de roble al lado del diván. Eso a Lili la fastidia.

El psicólogo la mira sobre sus lentes mientras le dice que ya no es una niña.

– Lo sé, tal vez porque ya no me siento una niña te estoy diciendo esto. Rodo soy virgen y no da.

– Hasta ahí quería llegar. No querés conocer a un hombre para enamorarte sino una relación sexual con alguien. Lo entiendo.

– Pero te preocupa. Yo también te entiendo. Rodo ya asumí lo que pasó en mi vida, creo en este tiempo haber hecho un buen trabajo con vos o vos conmigo...nunca lo sabremos.

– ¿Conociste a alguien ya?

– No, pero el próximo que conozca...ese será– dice mientras le empiezan a transpirar las manos de ansiedad.

CAPITULO 2

“¿Será ese?”, pensó Lili cuando entró en La Barbarie, “¿O aquel medio castaño que me mira?”, se dijo mientras esperaba su tostado.

La Facultad de Sociales tiene un comedor estudiantil llamado “La Barbarie”. Como su nombre y su pinta lo indican hace alusión a lo que alguna vez desarrolló Sarmiento. Pero qué linda barbaridad: mesas sin lugares fijos, de distintos tamaños, todas de madera vieja como compradas en algún remate; las sillas de respaldos altos, de madera ajada. La entrada a la Barbarie forma una “L”, en el palito horizontal de esa letra se apoya la pequeña barra que en horarios picos está repleta de personas extendiendo sus manos con billetes de dos, cinco o diez pesos pidiendo desafortadamente el tostado de pan árabe, la especialidad del lugar. Ya desde la puerta se puede oler como el jamón y el queso se revuelcan en el fondo de la cocina. Existe un clima festivo: algún rock o tanguito sonando de fondo, las rastas y los piojos saltando de cabeza en cabeza bailando al compás. Las paredes, todas con dibujos de ideología guerrillera, una pequeña biblioteca y algo que lo hace único, el servicio de mate, por eso Lili está ahí.

– Hola, ¿Me puedo sentar?– le dijo a un morocho de media cola que leía sus apuntes con aire de intelectual rebelde. Campera de jean puesta a sabiendas de que afuera el verano estaba empacado en que se lo recordara. Por su remera blanca con cuello en “V”, asomaban pelitos varoniles. A Lili le encantó el morocho gitano.

– Sí, claro. Espera que junto estos vasos sucios...estos papeles...

– Gracias...perdido

Otro dato que hace único a La Barbarie es que las mesas se comparten con extraños.

Así que ahí estaba Lili pidiéndole permiso al morocho para sentarse. Sacó los apuntes de historia y se puso a leer.

– ¿Qué lees?– le preguntó el muchacho.

– Historia Argentina. La estoy cursando este cuatrimestre. Me encanta la historia, lástima que no sé mucho ya que vengo de un secundario con poca historia.

– ¿Cómo te llamas?

– Liliana, pero todo el mundo me dice Lili, “Lili de acá”, “Lili de allá...”, “Lili hacé esto...” ¿Vos?

– Julio.

Julio también tenía unos apuntes entre sus manos. Llegó el mate y el encuentro se puso más interesante. Sin embargo, Lili no podía dejar de pensar, desde el momento en que se acercó a la mesa, lo charlado en la última sesión con Rodo, su terapeuta. Se juró que estaba nerviosa de solo imaginar que éste podía ser el indicado.

– Me gusta el nombre del bar: “La Barbarie”, tiene fuerza– después de terminar la frase Lili pensó que fue una pavada haberse fijado en ese detalle tan femenino.

– ¿Nunca pensaste que nosotros nos preparamos en La Barbarie para salir a la civilización y hacer barbaridades? Ya te había visto antes por acá.

A Lili definitivamente no le importó lo que vino antes del “Ya te había visto antes por acá”. Y no supo que responder, ella no lo había registrado, “¿Tan dormida estuve este tiempo?”, pensó.

– Estudio Comunicación a la noche. ¿Y vos? –preguntó Lili para disipar la tensión que se le juntaba en las rodillas.

– También. Es otro mundo la noche, otra gente: todos trabajan, no los mantienen como a los de la mañana, ni apolillan toda la mañana como los de la tarde.

– Todo un trabalenguas lo tuyo.

– Es mi arte– dijo él.

Julio, tiene veinticinco años, y hace cinco que trabaja con su tío en casamientos y fiestas de quince como fotógrafo. Escucha tango y los tararea bajito aunque él sabe que su voz da para más. De vez en cuando se arma un cigarrito con amigos, le apetece fumar solo de noche. Julio no es mal tipo, pero es un lío.

Mientras recorría el rostro tan exótico de Lili se imaginaba disparando flashes sin cesar y bajando todas esas imágenes congeladas en su computadora. Se imaginó haciéndole un zoom en el lunar que le adornaba el pómulos izquierdo, captando, también con el zoom puesto, la mueca que se le hacía en la comisura del labio al sonreír. Quería un primer plano de sus ojos almendrados y poder decorar con un efecto de movimiento el parpadear de esos óvalos con pestañas largas. La nariz no le llamó la atención pero sí las pequitas que reposaban en ella, pensó que quedaría muy bien esa imagen en tono sepia. De repente se la imaginó sobre una cama con un

acolchado rojo, los labios en el mismo tono, el pelo hacia el costado y en el cuerpo solo una enagua. Quería capturar esa cara con marcados pómulos y con el flequillo lacio que le caía sobre la frente.

– ¿Ahora qué tendrías que estar haciendo?– preguntó Lili, incomoda por su mirada y el silencio que se había generado entre ellos.

– Nada, vine a leer tranquilo. Mi casa es como el arca de Noé minutos antes del gran diluvio.

– Ah...

– ¡Pero puedo leer en otro momento!– arremetió Julio

– Pero vos habías elegido este para hacerlo y yo me estoy interponiendo entre tu decisión, tu momento y vos.

– No. Sos enroscada, flaca. Mira, hay momentos que son inesperados, que rompen con cualquier organigrama y se superponen con los momentos planificados, hay que saber agarrarlos. No me esperaba tener esta charla con vos. Conocerte. Cruzarnos. Chocarnos.

– Te entiendo, no todo es tal cual se planifica y organiza, hay que estar preparados también para los imponderables de la vida, ¿Eso me querés decir?

– Eso es la vida, Lili...una cadena de imponderables...

CAPITULO 3

Era lunes otra vez. Julio ese día llegó temprano a La Barbarie y eligió una mesa justo detrás de la biblioteca. Cuando hizo una pausa en la lectura la vio entrar pero no se acercó, quiso observarla.

Lili, sentada en la misma mesa de la semana pasada, leía sus apuntes y, de a ratos, miraba la puerta de La Barbarie esperando que él entrara. El mate se empezó a lavar, los palos florecían desde el fondo y volvían a adherirse al resto de la yerba cuando la succión se llevaba el agua. Su psicoanalista le había dicho en la sesión del jueves que fuera despacio, que no conocía a Julio, que intentara controlar sus emociones, sobre todo su ansiedad porque lo iba a ahuyentar. Había ido al consultorio de Rodo tres días después de conocer a Julio, “Lo asusté, pobre Rodo”, dijo para sus adentros sacando en una mueca la risa que se le enganchó en el pensamiento. Miró a su alrededor pero nadie la vio.

Lili imagina casi todo: a lo que sucedió le da un tinte distinto y lo que está por venir se figuraba en una nube sobre su cabeza. Por eso se desilusiona tan fácil cuando la realidad no le sigue la corriente a su pensamiento. A Lili le encantan las analogías.

Empuñó el tostado hambrienta, estaba apurada por terminarlo antes de que Julio apareciera y la viera comiendo. Si la persona que tenía enfrente le interesaba perdía el apetito, se inhibía. En su adolescencia, una semana entera se dedicó a comer y luego expulsar lo comido en un vomito que la llenaba de felicidad. Fue sólo una semana porque cuando su madre se dio cuenta enseguida le dijo “O paras con esa tontería o te interno”. Y Lili paró, así de sencillo. En esa época hizo todas las dietas que encontró en las revistas, pero lo que mejor resultado le había dado en todos sus intentos fueron los vómitos: aquella vez bajó ocho kilos en una semana.

Julio ya no leía, estaba entretenido con lo que miraba.

Lili resopló por lo bajo, harta de esperar. Esperarlo. Pasaron veinte minutos desde que se sentó en aquella silla de madera dura y le parecía que habían sido los más calurosos de su vida. Le dolía la cabeza de tanto no poder concentrarse en nada. Cada acción que comenzaba la cortaba para mirar hacia la puerta y cada vez que miraba y no él entraba la frustración crecía. Nunca le había gustado esperar, ni que la esperaran. El tiempo de la espera era chicle tibio de *tutti frutti*, como el que

masticaba a veces su amiga Mariela y ahora que lo pensaba desde el comienzo de las clases que no se la cruzaba.

Lili ya estaba tensa, se le podían ver los músculos contraídos y la mandíbula apretada. Julio pensó que estaría buscando a alguien o, tal vez, buscándolo. La tenía sentada de espaldas a él, pero con el cuerpo de costado a la mesa, las piernas cruzadas hacia el camino libre que conectaba con la barra, una pierna apoyada en la otra y la otra saltando para divertir a la primera, esa postura permitía que él se deleitara con su perfil. La vio sonreír sola, vio como su respiración se hacía cada vez más honda cuando miraba la puerta y volvía su vista al papel para dirigir, otra vez, su atención hacia la entrada del bar.

– ¡Hola Lili! –le gritó Julio desde su asiento.

– ¿Dónde estabas que no te vi?– se escuchó decir Lili y casi se mata por lo explícita de su conducta. Se enojó con ella misma y se acercó a saludarlo.

Lili se pasó a la mesa que él estaba ocupando. Se notaba tensa y con los ojos cerrados trató de tranquilizarse, recordar las palabras de Rodo en la terapia anterior para que el cuerpo se le relajara antes de que Julio volviera con la yerba renovada y el agua caliente.

– ¿Qué te pasa Lili?

– Estoy harta– lanzó ella sin saber cómo iba a continuar su respuesta.

– ¿De qué?– preguntó él y embarró la cancha.

Lili quería inventar algo de lo que estuviera harta, tenía muchas cosas para decir pero ninguna para esa ocasión. Entonces improvisó:

– De correr tras el reloj o peor aun que las mismas agujas me pisen los talones. Quiero sentarme sobre ellas y girar al ritmo del carrusel, sin prisa donde el tiempo es solo diversión y que la brisa me pegue en la cara y poder sentirla y pensar solo en ella porque es su tiempo: tiempo de brisa...

– Eso del carrusel me suena un poco estúpido, sin ofenderte eh... pero entiendo a dónde vas. El tiempo es elástico, Lili, los momentos pueden durar una eternidad o evaporarse enseguida. El tiempo depende, en realidad, de nuestra visión del mundo. Quince minutos de trabajo son iguales a quince minutos de placer– continuó Julio – pero uno se hace más perceptible que el otro porque no pensamos en los minutos cuando disfrutamos.

– ¿Qué pasa cuando no tenés tiempo para disfrutar?

– El tiempo “lo tenés”.

– No, ino tengo tiempo!

– Sí nena, pero lo usas en otra cosa. ¿Por qué no probás dedicarte todos los días a hacer cosas que te hagan bien? ¿Te gusta escribir? ¿Te gusta leer?

– Sí, pero tengo que estudiar, tengo que hacer un Trabajo Práctico, tengo lecturas obligatorias para la facultad, tengo que limpiar mi casa...esto me consume todos los minutos que llevo guardados en este reloj.

– Muchos “tengo” y pocos “quiero”.

Lili se quedó callada y pensó que la charla se estaba poniendo interesante.

– Vos manejas tus tiempos, vos hacés tu propia agenda, marcás tu almanaque, Lili.

– No, en esta estúpida modernidad, en esta licuadora que nos lleva directo al infarto, eso no sucede. La vorágine en donde estamos enfrascados y nos falta el aire pero ninguno araña el nailon de la costumbre para poder respirar.

– Me das gracia ¿“Nailon de la costumbre”? Aráñalo gatita...

– ¡No entendés! Voy a hacerte otra analogía. ¿Viajas en subte?

– Sí, de todas formas te entiendo.

– Esperá. Imaginate entonces que la vida es una estación de subte y que el tiempo que nos toca vivir es el subte mismo. Adentro de ese subte vamos todos nosotros, la máquina empieza a andar, el andén a chillar y desde adentro de él, por la ventana, solo se ven imágenes que se van encimando unas con otras hasta formar una sola mancha en donde no se distingue nada, uniforme, debido a la velocidad que ha tomado el viaje, y lo peor de todo es que no distinguimos la estación y la estación, en esta analogía, es la vida y no la estamos apreciando.

– Salí del subte.

– ¿Y cómo viajo?

– Camina.

– ¿Cómo?

– Camina por el andén. No te subas al tiempo de los otros.

– Pero sería un camino solitario...

– Yo te acompaño, “gatita araña nailon” ...

– No me digas más “gatita” – dijo Lili pero tuvo que reconocer que él la divertía con esos comentarios.

Siguieron charlando...se sentía tan cómoda que se le fue el reloj.

CAPITULO 4

“Cuando vi a Julio el lunes me contó que tenía dos novias”, dijo Lili mientras acomodaba sus piernas en el diván hasta quedar totalmente recostada. Rodo la animó a que continuara su relato.

“A la primera, que es la más antigua, la conoció en la costa, en Mar del Plata. Fue en el verano del 2000, hace ya cinco años que salen. Había ido de vacaciones con sus amigos y se cruzaron en la playa. Me contó que ella estaba en la orilla, mirando el mar, sola, y él se acercó y se puso a mirar el mar junto a ella. Así nomás, así de fácil. No le dijo nada, ¿Entendés Rodo? ¡Y hoy llevan cinco años juntos! Pero cuando le pregunté si la amaba, ¿Sabés lo que me dijo? Que iba a ser la madre de sus hijos, que estuvo en muchos momentos de su vida, que se conocen demasiado bien, que está cómodo, ¡Por Dios! Me pidió que le defina el término enamoramiento y le dije que es un estado patológico donde idealizas a la otra persona, la subís a la terraza del edificio para que después se te caiga solita desde ahí. Es un velo que tenemos en nuestros ojos y cuando ese velo de repente se vuela vemos...vemos a la persona que tenemos delante con sus defectos y su virtudes. Entendemos que no es perfecta como pensábamos. En ese momento el camino se bifurca: si hay amor continuás aceptándola como de verdad es, si no hay amor...se termina la relación. En el caso de él hay una tercera opción. Si no hay amor seguís por costumbre, ¡Qué más da! ¿Estuve bien Rodo? ¿Es eso el enamoramiento?” preguntó Lili buscando su aprobación. Rodo retrucó, como siempre hacía, con otra pregunta: “¿Vos que pensás?”.

Lili respondió que sí, que si no, no le hubiera dicho eso, le dijo también que la simple noticia la había puesto de muy mal humor y que prefería seguir contándole como siguió la charla.

“Él me dijo que mi definición era de librito freudiano, y puede ser. Yo nunca amé a alguien así que es muy factible que esté hablando y juzgándolo solo desde la teoría. De practica cero, de hecho él me dijo que me faltaba calle. A la “segunda novia” ¡No puedo creer todavía que tenga dos novias! ¡No lo puedo creer! Y que ojo el mío he... mira en quién me vengo a fijar. A la segunda novia la conoció hace un año atrás en una fiesta de casamiento. Te dije que él era fotógrafo, bueno la conoció en

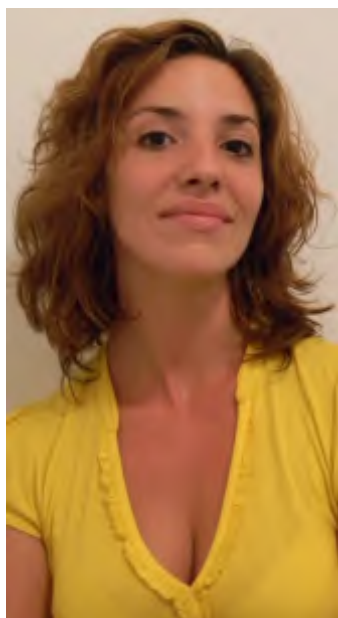
una casamiento sacando fotos. Me dijo que llevaba puesto un vestido color salmón y el pelo recogido, que su piel es morena, así que ¡Imagínate como le debía quedar ese vestido! A él desde el principio le llamó la atención y toda la noche estuvieron charlando y después la novia, la estrella de la fiesta, se fue a quejar con el tío por el pésimo servicio fotográfico. ¿Sabes lo que me dijo? “mientras tenga ganas de estar, estoy”, para él eso es estar enamorado. No le dije nada porque llego mi amiga Mariela ¿Viste? La que mastica chicle todo el tiempo, que cursamos un par de materias juntas el año pasado, bueno entonces él se fue. También... esta Mariela llegó en el mejor momento, yo ya tenía un montón de cosas para decirle, que las venía juntando de toda la charla. ¿Cómo va a hacer eso? Es caca. No le importa nada ni nadie, ni siquiera las personas que él dice querer. Igual a mí no me tiene que importar mucho eso, porque para lo que yo lo necesito me sirve. Mariela piensa muy parecido a él porque ella es re calentona. La verdad es que no coincidimos en casi nada con Marie, pero me sirve porque me habla de sexo, explícito, sin pelos en la lengua y le verdad Rodo...me ahorro mucho dinero en libritos de sexo. Marie me preguntó quién era y si me gustaba y le dije que era un compañero de mate, que me lo cruzo todos los lunes y charlamos pero que me parecía muy complicado. Lo que sí le dije es que me gusta compartir estos ratos con él, que a veces está afeitado y se le ve el lunar que tiene en la pera, que tiene unas pestañas que parecen pintadas! Pero ojo, que tiene una mirada tierna que es pura trampa, le dije. También le conté que es simpático, agradable, amable, que es comprador, refranero, nostálgico, reflexivo, y muy gesticulador, pero es un engaño ese chico...Ahora que lo pienso me parece que le conté demasiado. A ver si me lo afana. Pero me quedé mal por algo Rodo, le mentí a Marie, le dije que no me gustaba. No sé porque, creo que me hubiera sentido muy expuesta, me siento vulnerable. No me gusta eso”, Lili hablaba al borde del llanto.

– Habrá que trabajar sobre ese sentimiento, es por donde empezaremos la próxima sesión. Hoy ya no nos queda más tiempo Lili– le respondió su terapeuta que no regalaba minutos.

Lili salió del consultorio angustiada, llamó al ascensor, bajo los cinco pisos sintiendo que el aire se le iba consumiendo en esa caja de acero, cuando llegó a la vereda se agarró la cara y lloró, lloró como hacía mucho no lo hacía. Pensó en cuanto admiraba a Mariela por su entereza, su fortaleza, su temperamento y carácter. Al lado de Mariela se sentía una niña con ganas de ser cuidada.

Pensó que no iba a poder llevar a cabo su prometido.

Sobre la autora



Laura San José nació el 30 de julio de 1984 en la ciudad de Vicente López, provincia de Buenos Aires, Argentina.

Desde niña reflejaba interés por la expresión artística y conocía cual era su pasión: la escritura. Llegado el momento, escogió con determinación su rumbo profesional: se convirtió en periodista. Actualmente dirige el periódico zonal *Las Cosas del Decir* y conduce el programa radiofónico bajo el mismo nombre.

A día de hoy está finalizando sus estudios en la Universidad de Buenos Aires en Ciencia de la Comunicación.

Pero a pesar de que su trabajo sea ir tras la verdad nunca se separó de la ficción. Ha escrito decenas de cuentos y relatos que quedaron inéditos, por el momento.

“El próximo que conozca” es su primera novela.

Título: El próximo que conozca

Colección Narrativa 8

Edición digital/ebook: Editorial Intangible, 2012

Cubierta: elaboración de Editorial Intangible a partir de la imagen de dominio público *Double exposure "spirit" photograph of girl standing, holding flowers, surrounded by spectral figures of three people* / *photograph by G.S. Smallwood, Chicago, Ill. 1905.*
(<http://www.loc.gov/pictures/item/00650172/>)

© de esta edición: Editorial Intangible.

© worldwide for spanish language edition

© De la obra: Laura San José

Ninguna parte de este libro puede ser reproducida o transmitida en cualquier manera o medio, ya sea este electrónico, mecánico o de otro tipo, sin la autorización expresa del propietario de los derechos.

ISBN: 978-84-940375-2-8

Editorial Intangible. Av. de Francia 4, 3-5

46023 Valencia, España

www.editorialintangible.com

info@editorialintangible.com